

cuestiones que no nos afectan directamente.

(Levantándose, hace una reverencia burlona.)

¿No es exacto, David?

DAVID.—Exacto, Emilia.

GENOVEVA.—*(Yendo a él.)*—¿Qué has querido decir? ¿Es algo contra mí?

DAVID.—Eso no puedes pensarlo.

GENOVEVA.—¿Contra ti mismo?... ¿Por qué has cambiado, David? ¿Por qué eras tan expansivo y tan amoroso, y ahora, convencido del amor, eres tan adusto?... ¿Qué ha pasado en ti, en mí, en los dos, o en el mundo entero, para esta frialdad y este desdén?

DAVID.—Te engañas.

GENOVEVA.—No quise mostrarme dolida de tu silencio, aguardando una explicación; pero es fuerza ya que me la des.

(Emilia, sentada a la mesa, toca fuerte con los dedos, como si fuera un piano.)

No te apartes de mí esta noche. Ya buscaremos ocasión de hablar...

(A Emilia.)

Perdona...

EMILIA.—Os olvidáis de que no sois enamorados y charláis como si lo fuerais...

DAVID.—Dispense usted, Emilia; es que me preguntaba...

EMILIA.—Sigán ustedes...; yo estoy divertidísima con esta polca.

GENOVEVA.—No era nada de particular...

EMILIA.—Por si alguna vez lo fuese, he de advertirte que las polcas, tocadas así, coinciden con la llegada de algún amigo.

GENOVEVA.—*(Viendo a Bernardo, que habla con un criado.)*—¡Ah!...

ESCENA XIV

DICHOS y BERNARDO, del comedor.

BERNARDO.—¿No hay Casino esta noche?

EMILIA.—Ahora.

BERNARDO.—Pensé que no saldrían ustedes por respeto...

GENOVEVA.—¿Por respeto a qué?

EMILIA.—¿Qué dice usted, Zúñiga?

BERNARDO.—Por consideración más bien, no satisfaciéndoles exhibirse en vísperas...

EMILIA.—Acabe, don Bernardo, que no me gusta estar en vísperas de nada.

BERNARDO.—¿Ni de boda?...

EMILIA.—De boda, menos, que me impacientaría más.

GENOVEVA.—¿No será ningún secreto?...

DAVID.—¿Ni viaje de usted?...

BERNARDO.—Hasta el otoño, no.

GENOVEVA.—Pues ya lo dirá usted cuando le parezca.

BERNARDO.—Quería significar que encontraba prudente la atención de ustedes en vísperas del desafío de Pablo.

GENOVEVA.—¡De Pablo!

DAVID.—(*Riéndose.*)—De Pablo, sí...

GENOVEVA.—(*Yendo a David.*)—¿Qué es?

EMILIA.—(*Yendo a Bernardo.*)—¡Pero hombre!...

BERNARDO.—Un hecho público..., relatado por los periódicos...

DAVID.—(*Aparte a Genoveva.*)—¿No conoce usted a don Bernardo?

(*Riendo.*)

¡Unas palabras agrias, pero sin consecuencias, y referidas por este señor, desafío, muertes... ya le conoce usted!...

GENOVEVA.—¡Verdad!...

DAVID.—¡Verdad!...

(*Aparte.*)

¡Verdad, verdad!... No te creen sino cuando te vistes con el ropaje de la mentira.

GENOVEVA.—(*Yendo sonriente y tranquila a Bernardo.*)—¿Usted será testigo?...

BERNARDO.—No, pero lo he presenciado todo.

GENOVEVA.—(*Riendo.*)—¿El duelo también?

BERNARDO.—No, pero leeré el acta.

EMILIA.—(*Aparte a David.*)—¿Es verdad?

DAVID.—Es verdad... Que Genoveva no sospeche...

EMILIA.—¡Si se lo está contando!

DAVID.—Por eso no lo cree. Es la única ventaja que tiene el ser embustero.

BERNARDO.—¿Pero usted no estaba enterada?

GENOVEVA.—Sí, me lo dijo el mismo Pablo.

BERNARDO.—¿Y por qué se sorprendió usted cuando yo...?

GENOVEVA.—Porque lo olvidara.

BERNARDO.—Caramba, pues la cosa es...

GENOVEVA.—Pero callada, sí.

BERNARDO.—No tiene objeto, siendo del dominio público...

ESCENA XV

DICHOS y PABLO, por el foro.

GENOVEVA.—(*Corriendo hacia Pablo.*)—¿Es cierto que hay un lance pendiente contigo?

PABLO.—(*Riendo.*)—No, mujer.

GENOVEVA.—Don Bernardo lo cuenta...

PABLO.—G. de Zuñiga y P. de Aguirre, está de buen humor.

BERNARDO.—Cuando las noticias son del dominio público...

PABLO.—(*Dándole en el hombro una palmada fuerte.*)—G. de Zuñiga y P. de Aguirre...

BERNARDO.—Que haces daño...

EMILIA.—(*Aparte a Genoveva.*)—No he visto hombre más exagerado. Le participan la fecha de un matrimonio y pregunta cómo se llaman los hijos...

PABLO.—(*Muy serio, aparte a Bernardo.*)—No hay para qué intranquilizar a mi hermana... Niéguelo usted.

BERNARDO.—¡Ah!

PABLO.—(*Sonriente.*)—Anoche ocurrió un incidente desagradable, pero nadie pensó en extremarlo.

BERNARDO.—En efecto, nadie lo ha pensado. Eso les decía yo: si acaso, un acta.

PABLO.—Ni eso.

BERNARDO.—Ni eso. Solamente no teniendo transcendencia me permitiría yo referirlo a su señora hermana, a la familia... ¡Oh, no, no!...

GENOVEVA.—(*A Pablo.*)—¿Para qué eres tan arrebatado?... Algún día vas a encontrar lo que no buscas...

DAVID.—(*Aparte a Emilia.*)—Qué desgracia la de este don Bernardo... La única vez que dice verdad completa y ha de rectificarla.

GENOVEVA.—Anda, Emilia, si hemos de arreglarnos un poco...

EMILIA.—Vamos...

(*Mutis Genoveva y Emilia, por la izquierda.*)

ESCENA XVI

DAVID, PABLO y BERNARDO.

BERNARDO.—Siento haber sido causa de este trastorno.

PABLO.—No ha importado, porque, afortunadamente, nadie te cree.

BERNARDO.—¿Cómo?

PABLO.—Que eres un embustero, y en esta ocasión nos ha servido para que no se apurasen.

BERNARDO.—¿Cómo?... ¿Cómo?...

PABLO.—Comiendo.

BERNARDO.—¿Que soy un embustero?...

PABLO.—Sí.

BERNARDO.—¡Pablito!...

PABLO.—¡Ah!, ¿pero nó lo sabías?

BERNARDO.—Eso es injuriarme, Pablito...

DAVID.—Comprenda usted que está muy excitado...

BERNARDO.—¡Si yo le disculpo!... Pero me lastima esa hipótesis de que falte a sabiendas...

PABLO.—Quedamos en que no nos has dicho nada, ni yo tampoco... y tablas...

BERNARDO.—¿Tablas?

DAVID.—Usted es un hombre de mundo y de sociedad, y demasiado conoce usted que en ciertos momentos no dice uno lo que debiera...

BERNARDO.—Pablo..., ¿para ti soy un embustero?

PABLO.—No.

BERNARDO.—(*Dándole la mano.*)—Pues no hablemos más.

DAVID.—(*Aparte.*)—Y así no hay cuidado de que lo sea.

BERNARDO.—Bueno, me voy...

(*Pausa.*)

Me voy...

PABLO.—¡Adiós!

BERNARDO.—Hasta luego, señor Lartol.

DAVID.—Hasta luego, señor Zúñiga...

BERNARDO.—Me parece que se ha contrariado...

DAVID.—Ya sabe usted su genio. Dentro de diez minutos no se acuerda.

BERNARDO.—Lo siento, lo siento. Adiós, Lartol.

DAVID.—Adiós, Zúñiga.

ESCENA XVII

DAVID y PABLO. Luego VALENTIN, por el foro.

PABLO.—Si les cosieran la lengua a todos los charlatanes... ¡Uy!... ¡Don Valentín!

DAVID.—(*Contrariado.*)—¿Don Valentín?...

VALENTÍN.—Hola, Pablito...

(*A David.*)

¿No me esperabas?... Vengo a pasar unos días con vosotros. En el Continental estoy.

PABLO.—Se alegrarán mucho... Ahora bajan...

VALENTÍN.—Y a ti, David, ¿qué tal te va?

PABLO.—¿A éste? Haciéndose millonario a escape... ¿Cuánto has liquidado en Agosto?

VALENTÍN.—Ya sé, ya sé que ganas mucho en Bolsa.

PABLO.—Tiene la mano dura en los negocios. ¡Eres un gran hombre, David! Me cambiaba por ti...

ESCENA XVIII

DICHOS; RAMIRO, por el foro, y CRIADO, que le señala a PABLO y se retira.

RAMIRO.—¿Pablo?...

PABLO.—Con el permiso de ustedes...

(Mutis por la izquierda Pablo y Ramiro. En el comedor han terminado de servir. Apagan y cierran la puerta del salón.)

ESCENA XIX

VALENTÍN y DAVID

VALENTÍN.—¿Qué tendrán éstos que comunicarse?

DAVID.—Presumo que algún detalle referente al desafío de Pablo.

VALENTÍN.—¿Pablito?...

DAVID.—Anoche, en la sala de juego...

VALENTÍN.—*(Interrumpiéndole.)*—No me interesa.

(David queda cortado.)

¿Qué hay, David?

DAVID.—*(Sonriendo trabajosamente.)*—Nada...

VALENTÍN.—Tus cartas, muy comedidas y muy meditadas, no contestan nunca concretamente a mi pregunta: «¿qué hay, David?» Estos días con más relieve y destacándose más, tengo la idea fija de que procuras desligarte, emanciparte de mí.

DAVID.—¡No!

VALENTÍN.—Ya sé que no podrás, pero me

parece que lo intentas, y vengo a convencerme. ¿Qué hay de tu boda, David?

DAVID.—(*Levantándose espantado.*)—¡Don Valentín!...

VALENTÍN.—(*Calmoso, haciéndole sentar.*)—¿Ignoras este deseo mío?... ¿O serás tú de los que imaginan que lo callado va olvidado?

DAVID.—No.

VALENTÍN.—¿No alegrarás que he sido impaciente?... Van tres años de libertad, de independencia, y uno desde que te indiqué mi ruego o mi voluntad de que te casaras con Genoveva. En este año no hemos adelantado un paso; al contrario, diría que retrocedes..., y como la vida que llevas no la llevas para disfrutar de la vida, sino para servirme ..

DAVID.—¡Don Valentín!

VALENTÍN.—¿También lo olvidaste?...

DAVID.—No lo olvidé, ni olvidaré el generoso perdón que me hizo considerarle a usted como la imagen personificada de la bondad y de la clemencia durante dos años.

VALENTÍN.—Van tres.

DAVID.—Tres. Dos de misericordia y uno que se asemeja más a venganza que a perdón.

VALENTÍN.—Y a ti, un indiferente primero, y un enemigo después, que me saqueaba, ¿por qué iba a perdonarle y a servirle luego, si no me trajera algo que yo precisaba?

DAVID.—¿Vengarse?

VALENTÍN.—Tú lo has dicho.

DAVID.—¿De los Valmir?

VALENTÍN.—Tú lo dices y tú aciertas. Un odio que no se extinguía, pero que no se lograba. No fuiste a la cárcel, porque entre las pruebas de tu culpa vino a mis manos una carta de Genoveva: teníais ya amores. Y cuando te puso Dios en mi camino, es porque Dios quería que la venganza se cumpliera.

DAVID.—¿Llama usted Dios a quien satisface los odios?

VALENTÍN.—¿Cuándo es la boda, David? Ellos te admiten complacidos, Genoveva te quiere... Tú eres formal, digno, espejo de leales y norma de caballeros...

DAVID.—(*Ofendido.*)—Don Valentín...

VALENTÍN.—Digo lo que dicen: no digo lo que eres.

DAVID.—Y lo que soy.

VALENTÍN.—¿Ahorá?...

DAVID.—¡Ahorá!...

VALENTÍN.—¿Pensarás que basta un día para redimirte?

DAVID.—¿No bastó un día para pecar?... Pongamos más días, más años... ¿no llegará nunca?...

VALENTÍN.—No.

DAVID.—¿Y por qué el mal ha de ser más persistente que el bien?

VALENTÍN.—Cuando me expliques por qué necesita un árbol, para crecer, de la tierra, del sol, del agua, del abrigo del viento... de tantas cosas... y le basta una sola, un hachazo, para caer; cuando me digas por qué se tarda cerca de un año en nacer y una fracción de segundo en morir; cuando me digas por qué es la vida como es, yo te diré entonces cómo debe ser.

DAVID.—No lo intento.

VALENTÍN.—Pues obedece tranquilamente e irás mejor.

DAVID.—No puedo tampoco...

VALENTÍN.—Fíjate bien en que no pido lo que tú me quieras dar, sino lo mío, lo que firmaste en aquel documento... ¿Lo recuerdas?... «Yo, David Lartol, declaro que soy falsario, ladrón...»

DAVID.—(Espantado.)—Don Valentín...

VALENTÍN.—¿Lo recuerdas?... Basta, pues.

ESCENA XX

DICHOS; PABLO y RAMIRO, por la izquierda.

PABLO.—David, te necesito.

(A Valentín, que hace ademán de apartarse.)

Puede usted oírlo, que usted no es G. de Zúñiga... Mis padrinos han descalificado a Jorge Villa...

RAMIRO.—Es aquel secretario de la Junta de nuestro Club, a quien echamos porque distraía los fondos.

PABLO.—Y al mismo tiempo se distraía él.

RAMIRO.—Le conserva ojeriza a Pablo, figurándose que intervino principalmente para echarle, y ahora aprovecha un pretexto para rehabilitarse, desafiándole; como si un rasguño con el sable o unas balas cruzadas borrasen la mancha del dinero.

VALENTÍN.—No se borra nunca.

PABLO.—Nunca. Ese queda de ladrón para *in eternum*. Pero en fin: me desafió y no hubo más remedio que contestarle. Lo han descalificado; pero él persiste en que le sacudan más

con la badila en los nudillos, y a su instancia va a constituirse un tribunal de honor. Te ruego, mi querido David, que me representes.

DAVID.—¡No!

RAMIRO.—¿No?...?

PABLO.—(*Sorprendido.*)—¿No?... ¿Dudas de mí, David?

DAVID.—(*Presuroso y poniéndole la mano en el hombro, con afecto.*)—No es eso, no es eso.

PABLO.—(*Molesto.*)—Y entonces...

DAVID.—No es por ti; es por mí, que no me considero capacitado...

RAMIRO.—No diga usted eso, David.

DAVID.—Y es que la honra ajena no puede estar a merced de un juicio cualquiera, mal fundado...

PABLO.—Por eso elegimos a los que tienen el nombre sin tacha, como tú, David.

RAMIRO.—Como usted...

VALENTÍN.—Como David, es natural.

PABLO.—Y a no ser que me desaires...

DAVID.—Pero quién soy yo...

VALENTÍN.—(*Rápido.*)—Ni nadie...

DAVID.—Ni nadie, sí, para echar un borrón eterno sobre la fama de un hombre...

RAMIRO.—Esa delicadeza habla por usted,

David, pero no hay caso de titubear. Nos consta que es una persona despreciable, que ha robado...

PABLO.—Y aunque ahora se las da de muy correcto, en cuanto le pongamos al alcance de una caja de caudales, meterá la mano, que genio y figura...

DAVID.—Relévame de esta misión, Pablo, te lo suplico...

PABLO.—(*Ofendido.*)—Bien... y perdona.

RAMIRO.—Entre caballeros esto no es favor, es obligación. ¿No opina usted así, don Valentín?

VALENTÍN.—Así.

PABLO.—Es una cuestión de honor...

VALENTÍN.—Y en cuestión de honor, usted, David, no puede vacilar.

PABLO.—Sin hacerme agravio.

DAVID.—No, no.

PABLO.—¿Aceptas?

DAVID.—Acepto, sí.

PABLO.—Me dolía tu repulsa..., me mortificaba, David... Gracias, voy a avisarles de tu designación, porque desearía que lo llevaseis rápidamente. ¿Irás al Casino?... Allí saldré yo.

RAMIRO.—Bien venido, Espalier...

VALENTÍN.—Bien hallado, Ramiro...

(Mutis Ramiro y Pablo, por foro izquierda.)

ESCENA XXI

VALENTÍN Y DAVID

DAVID.—¡Es una burla sangrienta que yo sea árbitro del honor de alguien!...

VALENTÍN.—Visto de cerca, ¿sabes de algo en el mundo que no se preste a la burla?

DAVID.—¿Pero admitirlo yo?...

VALENTÍN.—No lo admites, te lo imponen; así puedes sentenciar con más severidad.

DAVID.—¡No! Ya que me obligan, procuraré ser justo.

VALENTÍN.—¡Allá tú!... Resuelve lo tuyo como mejor te cuadre, que lo mío ya lo resuelvo yo. Va plazo sobrado, no hay oposición y ella te quiere. Esta noche, o a más tardar mañana, hablarás con GENOVEVA.

DAVID.—Esta noche, o a más tardar mañana, hablaré con GENOVEVA.

VALENTÍN.—Podéis casaros en Octubre.

DAVID.—Si no me rechaza...

VALENTÍN.—No.

DAVID.—En Octubre nos casaremos.

VALENTÍN.—Bien está.

DAVID.—¿Y después?... ¿Después, don Valentín?...

VALENTÍN.—Empezaré a triunfar. Esta venganza que voy preparando paso a paso y hora por hora, para que camine recta e inflexible a su objeto, se cumplirá como yo la dispongo.

DAVID.—Y de mí, ¿qué va a ser?... No diréis jamás...

VALENTÍN.—Claro que lo diré...

DAVID.—No.

VALENTÍN.—*(Riendo.)*—Sí, sí...

DAVID.—¡No!... ¡No!...

VALENTÍN.—*(Cogiéndole del brazo brutalmente y alzando la voz.)*—¿Quién eres tú para decir que no, cuando he dicho yo que sí?... ¿Quién eres, dilo?...

ESCENA XXII

DICHOS y GENOVEVA, por la izquierda.

GENOVEVA.—Ya me dijeron que estaba usted aquí... ¿Nos acompañará usted al Casino?...

VALENTÍN.—Y luego, si ustedes me lo consienten, beberemos juntos una copa de champagne al dar las doce.

GENOVEVA.—¿Y eso?

VALENTÍN.—Mañana es para mí una fecha memorable: treinta y cuatro años hace que salí de Avilés.

GENOVEVA.—¿De nuestro pueblo?

VALENTÍN.—Del pueblo de ustedes, sí, pobre y avergonzado.

GENOVEVA.—Para llegar a la fortuna y a la estimación. Feliz usted, que ha realizado...

VALENTÍN.—Aún no. Queda la más sagrada de todas mis aspiraciones: cumplir un mandato de mi madre. «Cuando puedas, restituye, hijo...»

GENOVEVA.—¿Y ahora?

VALENTÍN.—Es la hora, sí. A restituir voy.

GENOVEVA.—Pues alzaremos la copa en honor de esa promesa.

VALENTÍN.—Bien alta, bien alta...

GENOVEVA.—Bien alta irá, descuide usted...

(A David.)

Y usted con nosotros...

DAVID.—Yo con ustedes.

(Valentín va retirándose lentamente, sin volver la espalda y sonriendo gozoso y maligno, hasta hacer mutis por el foro de la izquierda.)

GENOVEVA.—(Viéndose solos.)—¿Qué tienes, David? ¿Qué tienes, dilo?

DAVID.—¿Y hasta dónde iríamos?... ¿Cómo responderás, Genoveva?

GENOVEVA.—¿Por qué no hablas?... ¿Por qué no dices de un golpe el secreto que hay en ti?...

DAVID.—Porque estoy desesperado en mi propia vacilación.

GENOVEVA.—¡La verdad, David, la verdad!

DAVID.—No. Librete Dios de acercar tus labios a ella...; no apaga la sed y amarga la boca.

GENOVEVA.—No importa: la exijo...

DAVID.—¿Quieres una verdad?... ¿Una?... Pues óyela: mañana marchó.

GENOVEVA.—¿Mañana?

DAVID.—Y no volveré nunca a verte.

GENOVEVA.—¿Nunca? ¿Y esa es una verdad?... ¿Quieres tú saber otra?... ¿La mía, la que yo sé de ti?...

DAVID.—¿Tú la sabes...?

(*Espantado.*)

GENOVEVA.—Pues escúchala... El lazo misterioso, la traición que cometes, yo la sé... Es una mujer, se llama Sabina. Niégalo. Estás ligado a ella para toda la vida, ¿verdad?

DAVID.—Y más allá de la vida... Es mi madre, Genoveva... Sabina Goitia es mi madre, Genoveva.

GENOVEVA.—¿Y jamás hablas de ella?...

DAVID.—Es el misterio mío lo que me separa...

GENOVEVA.—(*Afectuosa.*)—Perdóname si te he herido en algún dolor oculto...

DAVID.—No: mi madre es una santa.

(*Cogiéndola ansioso las manos.*)

Y el amor eres tú, Genoveva, tú.

GENOVEVA.—¿Yo?

DAVID.—Tú sola; tú, única; tú y nadie más que tú... Genoveva.

GENOVEVA.—¿Yo, soy yo?...

DAVID.—Tú. Ya sabes la verdad de mi alma: la de mi vida también la sabes. Mañana marcho.

GENOVEVA.—(*Echándose a él.*)—¡David!...

DAVID.—(*Rechazándola suavemente.*) Mañana marcho.

ESCENA XXIII

DICHOS y EMILIA, por la izquierda.

EMILIA.—¿Qué tienes?

GENOVEVA.—Nada.

ESCENA XXIV

DICHOS y VALENTÍN, por el foro.

VALENTÍN.—(*Que un momento antes miró por la ventana de la terraza.*)—¿Hablaste ya?

DAVID.—No puedo.

VALENTÍN.—¿Por qué?

DAVID.—Porque la quiero, porque la adoro.

VALENTÍN.—Dejémonos de sensiblerías. ¿Cuándo es la boda?

DAVID.—Nunca.

VALENTÍN.—¿Por qué?

DAVID.—Porque la quiero, don Valentín, porque la quiero.

VALENTÍN.—Veinticuatro horas te doy de plazo, y si te rebelas, ¡ay de ti, David!... ¡En mis manos quedarás pulverizado!

DAVID.—Ya lo estoy.

VALENTÍN.—Pues más aún. Veinticuatro horas tienes, David. Qué noche tan espléndida... ¿verdad?

GENOVEVA.—Verdad...

VALENTÍN.—Es una delicia vivir en una noche así.

ESCENA XXV

DICHOS; PAZ y GUMERSINDO, por la izquierda.

GENOVEVA.—Madre, el señor Espalier quiere que bebamos juntos una copa de champagne. Treinta y cuatro años hace mañana que salió de Avilés...

PAZ.—¿Y quiere usted que lo recordemos?...

VALENTÍN.—Que lo recuerde usted. Yo no lo he olvidado todavía...

(Van saliendo todos por el foro, sin que nadie atienda ni mire siquiera a la que tiende el platillo.)

ESCENA XXVI

DICHOS; CANTANTE y su COMPAÑERA, en la terraza.

GENOVEVA.—*(Aparte a David.)*—¡Por caridad..., no te vayas sin que hablemos!

DAVID.—*(Sigue a reunirse con Emilia. Aparte a Valentín.)*—Don Valentín, por caridad...

(Valentín, sin contestar, le rechaza y sigue.)

CANTANTE. «Una reina, gentil moza,
cubierta de pedrería,
mandó parar su carroza...»

COMPAÑERA.—Ni una caridad... Nada, madre.

CANTANTE.—¿Nada?... Paciencia.

«Mandó parar su carroza
viendo a un pobre que pedía...»

COMPAÑERA.—No queda nadie...

CANTANTE.—¿Nadie?... Unos no están y otros

no oyen... Paciencia... Y decían que era una
delicia vivir en una noche así...

*(Se cogen del brazo, y saliendo,
canta.)*

«Una reina, gentil moza,
cubierta de pedrería...»

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Una habitación elegante y risueña de la casa en
que se hospeda David en San Sebastián.

Al foro, pared y una gran galería o mirador de
cristales. Forillo, mar. Derecha e izquierda,
puerta.

Sobre una silla, una maleta de mano; al lado, algu-
na ropa.

Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

DAVID, de espaldas, apoyado de bruces en la ga-
lería, contempla absorto el mar. Pausa. Una
CRIADA, por la derecha.

CRIADA.—Señorito...

(Más fuerte.)

Señorito...

*(David vuelve un poco la cabe-
za para mirarla.)*

¿Quiere el señorito desayunarse?

DAVID.—No.